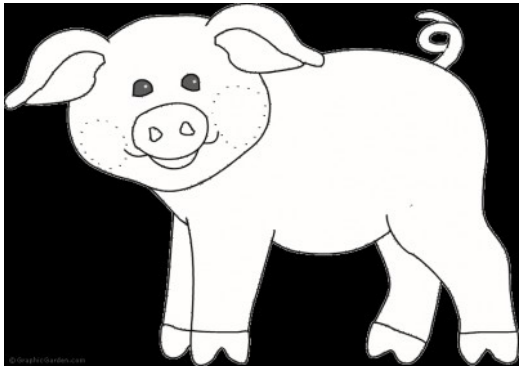
gente a sucumbir al hechizo de las teorías de la conspiración (y otras extravagantes ideas sobre la naturaleza del universo). El hecho de que «todo encaje» parece ser una razón poderosa para creer. Pero encaja un sinfín de teorías, incluida la idea de que la luna está hecha de queso.

Así pues, qué es lo que hace una teoría mejor que otra? ¿Por qué es razonable la teoría de la evolución y en cambio es absurda la teoría de que los alunizajes eran puros montajes? La respuesta no es fácil, lo cual quizás explica en parte por qué casi la mitad de los estadounidenses piensan que la teoría de la evolución también es una tontería. Todo lo que cabe decir es que la mera conformidad con los datos no basta para que una teoría sea racionalmente convincente. Si creemos tal cosa, también podemos aceptar que Elvis está orbitando alrededor de nosotros en un cielo de mozzarella.



Traducción de Pablo Hermida
Editorial Paidós, Barcelona, 2007

(y otros experimentos para filósofos de salón

JULIAN BAGGINI

El Cerdo que quería ser Jamón

Reventar la burbuja

Los miembros de la extraña secta de Prados Soleados llevaban una vida muy aislada en Casa Feliz. Todos, excepto el líder, tenían prohibido cualquier contacto con el mundo exterior, y les enseñaban que la realidad era el mundo representado en las telenovelas, únicos programas de televisión que les permitían ver. Para los pradosoleadosianos, Urgencias, Sin Tetas No Hay Paraíso, Aquí no Hay Quien Viva y El Internado no eran series de ficción, sino meros documentales. Y, como la mayoría de los miembros habían nacido en la comuna, el simulacro no era difícil de mantener.

Un día, sin embargo, el discípulo Ramiro, que siempre había sido algo rebelde, decidió salir de Casa Feliz y visitar los lugares que había visto tan a menudo en la pantalla del altar. Ni que decir tiene que estaba estrictamente prohibido, pero Ramiro se las ingenió para escapar.

Lo que descubrió le dejó asombrado. La conmoción más fuerte le sobrevino cuando se las arregló para llegar a El Internado y descubrió que no estaba en Prados Soleados, sino que se trataba de un plató en los estudios de Tele Cinco.

Pero, cuando regresó furtivamente a Casa Feliz y les contó a sus condiscípulos lo que había descubierto, le tomaron por lunático. «Nunca deberías haberte marchado —le dijeron—. Ahí fuera no se está seguro. ¡la mente te tiende trampas!» Y le expulsaron de la comuna y le prohibieron que volviera.

Fuente: la alegoría de la caverna de La república de Platón (360 a.C.).

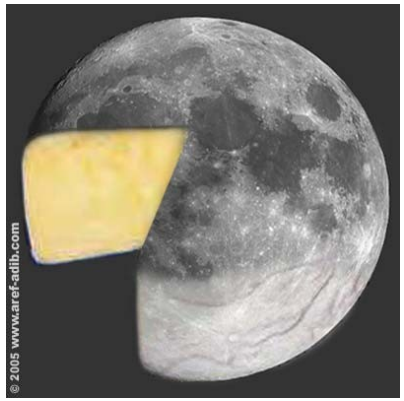
La historia de los pradosoleadosianos es claramente una alegoría. Pero ¿qué representan sus diversos elementos?

Hay muchas formas de interpretar la parábola. Hay quien sostiene que el mundo de la experiencia ordinaria es una ilusión, y que las puertas del mundo real se abren con drogas sagradas o con prácticas de meditación. A quienes pretenden haber visto la verdad por este camino se les suele tachar de alucinados o excéntricos; pero ellos creen que los tontos somos nosotros, atrapados como estamos en el limitado mundo de la experiencia sensorial.

En términos más prosaicos, los pradosoleadosianos de la vida real son aquellos que no se cuestionan lo que les dicen y se limitan a aceptar todo a pie juntillas. Tal vez no se crean literalmente que las telenovelas son verdad, pero aceptan sin cuestionarlos los saberes heredados, lo que leen en los periódicos y lo que ven en la televisión. De qué se trate exactamente dependerá de cómo les hayan socializado. Así, por ejemplo, hay quien considera una locura creer que el presidente de Estados Unidos pueda ser culpable de terrorismo. A otros les parece igual de absurdo sostener que, en realidad, es un tipo bastante listo.

Esto plantea la cuestión de cuál es la réplica de Casa Feliz en el mundo real. Por lo general no nos aislamos entre cuatro paredes, pero sí que limitamos de manera más sutil el campo de nuestra experiencia. Si sólo leemos un periódico, estamos restringiendo drásticamente el espacio intelectual en el que nos movemos. Si sólo discutimos de política con quienes comparten esencialmente nuestras opiniones, estamos erigiendo otra cerca metafórica en torno a nuestro pequeño mundo. Si nunca intentamos ver el mundo desde el punto de vista de los demás, ni recorrer con ellos un tramo del camino, estamos negándonos a mirar más allá de los muros del pequeño y confortable mundo que nos hemos construido.

Quizá la mayor dificultad a la



¡Menuda locura!, ¿verdad? Pero ¿qué hay del 20% de estadounidenses que creen que los alunizajes nunca tuvieron lugar? ¿También están locos? Si no lo están, ¿por qué su creencia es sensata, por más que errónea, y la hipótesis de la luna de mozzarella es un auténtico dis-parate?

Las teorías de la conspiración son posibles en virtud de dos limitaciones de la formación del conocimiento. La primera es lo que cabría denominar naturaleza holística de la comprensión: cualquiera de nuestras creencias está conectada con otras muchas en una especie de red.

Así, por ejemplo, nuestra creencia de que el helado engorda está conec-tada con nuestras creencias relativas al contenido calorífico del helado, la conexión entre consumo de grasa y aumento de peso, la fiabilidad de la ciencia nutricional, etc.

La segunda limitación es lo que pomposamente se conoce como la infradeterminación de la teoría por los datos. En términos sencillos esto significa que los hechos nunca proporcionan pruebas suficientes para demostrar de forma concluyente una teoría y sólo una. Siempre queda una laguna, la posibilidad de que resulte cierta una teoría alternativa. Por eso en los tribunales se subraya que sólo hay pruebas más allá de toda «duda razonable». La prueba más allá de **toda** duda es imposible.

Si combinamos ambas limitaciones, se abren las puertas a las más estrafalarias teorías de la conspiración. Hay indicios abrumadores de que la luna es una masa rocosa, pero las pruebas no nos **obligan** a alcanzar esta conclusión. Las lagunas en los datos implican que las pruebas pueden resultar compatibles incluso con la hipótesis de que la luna está hecha de queso. Todo lo que necesitamos hacer es reorganizar todas las restantes creencias interconectadas que urden el entramado de nuestra comprensión para hacerlas encajar. De ahí la necesidad de volver a evaluar la efectividad de los microscopios, el alcance de la corrupción y la veracidad de los alunizajes.

A ciencia cierta, puede que el resultado sea de lo más delirante. Pero lo esencial es que **encaje con los datos**. Esto es lo que lleva a tanta

momento haya otros nueve que sean el resultado de simulaciones informáticas. Tanto las simulaciones como los humanos creerían ser organismos biológicos. Pero el noventa por ciento de ellos estarían equivocados. Y, como no podemos saber si nosotros somos simulaciones o seres reales, hay un noventa por ciento de posibilidades de que estemos equivocados al pensar que somos esto último. En otros términos, es mucho más probable que estemos viviendo en algo parecido a Matrix que en la Tierra real.

A la mayoría de la gente le parece que en este argumento hay gato encerrado, pero tal vez sea simplemente porque su conclusión es demasiado alarmante. Lo que hemos de preguntar no es si suena increíble, sino si incurre en algún error lógico. Y la detección de sus fallos es una tarea ardua, si no imposible.

Luna de mozzarella

La luna está hecha de queso, de mozzarella para ser exactos. Al decir esto puedo haber firmado mi sentencia de muerte. Verán, es que ellos no quieren que lo sepamos. Dirán que estoy loco. Pero, como dijo Kurosawa, «En un mundo loco, sólo los locos están cuerdos»,

«Pero los hombres han andado por la luna», dirán ustedes. Falso. Fue todo una impostura filmada en un estudio por la NASA. ¿No han visto la película *Capricornio Uno*? De no ser por los abogados, se habría anunciado como un documental.

«Pero se han hecho viajes no tripulados a la luna.» También eran imposturas en su mayoría. los pocos auténticos fueron los que trajeron muestras que confirmaban la teoría de la mozzarella. Pero ni que decir tiene que se han eliminado las pruebas.

«Pero podemos observar la luna con telescopios.» En efecto, pero ¿creen que cabe deducir de estas observaciones si la luna es roca dura o queso blando?

«Pero, si fuera así, se habría sabido.» ¿Preferirían ustedes guardar silencio, tal vez a cambio de una generosa suma, o que les matasen o les tomasen por locos?

Piénsenlo: ¿cómo podría seguir con vida Elvis allí arriba si no dispusiera de unas reservas interminables de queso?

que nos enfrentamos en este caso estriba en descubrir al Ramiro que llevamos dentro. ¿Cómo distinguir entre los tontos sumidos en el engaño de insensatas visiones del mundo y los que han descubierto una genuina dimensión desconocida de la vida que a nosotros se nos escapa? No podemos conceder el beneficio de la duda a todos los que creen haber accedido a las verdades ocultas. Para empezar, como sostienen cosas contradictorias, no pueden estar todos en lo cierto. Pero, si los despachamos a todos a la primera de cambio, corremos el riesgo de ser como los ingenuos y necios pradosoleadosianos, condenados a aceptar una vida de ilusión en lugar de vida real.

El genio maligno

¿Hay algo tan evidente que no pueda ponerse en duda? ¿No es posible que nuestra vida sólo sea un sueño, o que el mundo sea un simple producto de nuestra imaginación? Por descabelladas que resulten estas ideas, el mero hecho de que sean concebibles muestra que cabe dudar de la realidad del mundo físico.

No obstante, existen otras ideas que parecen tan claras y evidentes que deben ser ciertas. Por ejemplo, estemos despiertos o dormidos, 2 y 2 son 4. Un triángulo ha de tener tres lados, contenga o no triángulos el mundo real o imaginario.

Pero ¿y si nos está engañando Dios, o un demonio poderoso y malévolo? ¿No podría hacernos creer semejante espíritu maligno que lo falso es obviamente verdadero? ¿No hemos visto a los hipnotizadores hacer que alguien cuente hasta 10 sin ser consciente de que se ha saltado el número 7? ¿Y qué decir del hombre que, en un sueño, oye cuatro campanadas de la torre del reloj y se des-cubre pensando: «¡Qué extraño! ¡El reloj ha dado la 1 cuatro veces!»?

Si el genio maligno es una posibilidad, ¿existe algo de lo que no quepa dudar?

Fuente: la primera de las Meditaciones metafísicas de René Descartes (1641).

Los filósofos tienen la costumbre de hallar algo que todos creemos saber y, acto seguido, ofrecernos razones para hacernos dudar de que lo

sabemos de veras. Las leyes de la naturaleza, el mundo físico, Dios, la bondad, las otras mentes, la justicia, el tiempo: los filósofos han hallado razones para dudar de todo ello.

Para proponer argumentos tan profundamente escépticos, el filósofo necesita emplear lo único de lo que no puede permitirse dudar: su propia capacidad de pensar racionalmente. Así, por ejemplo, cabe poner en duda la realidad del tiempo porque el concepto tradicional de tiempo encierra contradicciones. Estas contradicciones implican una violación de principios lógicos fundamentales, tales como la imposibilidad de ser y no ser al mismo tiempo. La capacidad de reconocer que se trata de contradicciones lógicas es la que le permite al filósofo razonar y justificar su duda.

Pero si estuviésemos bajo el influjo de un poderoso genio embustero, una posibilidad contemplada por vez primera por el filósofo francés del siglo XVII René Descartes, podríamos equivocarnos al considerar verdaderos estos principios lógicos básicos. Pueden parecernos obvios, pero a la persona hipnotizada puede parecerle evidente que después del 6 viene el 8. Al soñador engañado puede parecerle evidente que el reloj ha dado la 1 cuatro veces, cuando todos «sabemos» que, en realidad, ha dado las 4 una vez.

La idea de un genio que nos engaña puede antojarse algo extravagante, pero la misma duda puede sembrarse por otros medios. Puede que estemos locos y que nuestra demencia nos ciegue ante el hecho de que otros no ven el mundo como nosotros. O quizá la evolución ha dotado nuestra mente de un repertorio esencialmente defectuoso de principios lógicos. Tal vez estemos mejor adaptados para sobrevivir si consideramos «obviamente verdaderas» ciertas falsedades. El genio puede estar codificado en nuestro ADN.

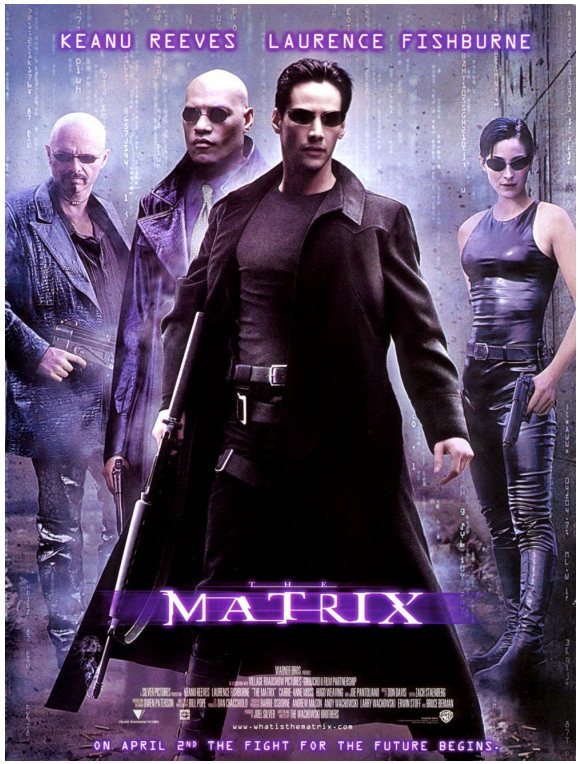
La genialidad de este experimento mental estriba en que, para juzgar su plausibilidad, hemos de fiarnos de aquello que supuestamente se

para crearle esa ilusión. En realidad estaba en una vaina, inmerso en una especie de liquido amniótico.

La duda escéptica de que podríamos ser víctimas de una ilusión a gran escala es mucho más antigua. Entre sus precursoras figuran la alegoría de la caverna de Platón y las dudas sistemáticas de Descartes quien se preguntaba si podríamos estar soñando o siendo engañados por un demonio poderoso.

Pero lo ingenioso de la idea del cerebro en una cubeta es su plausibilidad. Parece, en efecto, científicamente posible, lo cual la hace más creíble que un fantasmal demonio engañador.

De hecho, un reciente argumento ha llegado a sugerir que es abrumadoramente probable que estemos viviendo en un entorno de realidad virtual, acaso no como cerebros en cubetas, sino como inteligencias creadas artificialmente. El argumento consiste en que, con tiempo suficiente, nosotros u otra civilización seremos capaces, casi con certeza, de crear inteligencias artificiales y entornos de realidad virtual donde éstas puedan vivir. Además, como estos mundos simulados no requieren la inmensa cantidad de recursos naturales para mantenerlos en marcha que precisan los organismos biológicos, el número de entornos de este tipo que podrían crearse sería prácticamente ilimitado. Podríamos tener el equivalente a todo un planeta Tierra “viviendo” en un ordenador de mesa del futuro.



Si todo esto es posible, basta con hacer cálculos para ver que es probable que estemos en una simulación semejante. Pongamos que, en el transcurso de toda la historia humana, por cada ser humano que viva en algún

Vivir en una cubeta

Desde el accidente, Brian había vivido siempre en una cubeta. Su cuerpo quedó aplastado, pero el rápido trabajo de los cirujanos había logrado salvar su cerebro. Este procedimiento se llevaba a cabo siempre que era posible, de suerte que el cerebro podía volver a implantarse en un cuerpo una vez hallado un donante compatible.

Pero, como dejaban de funcionar más cerebros que cuerpos, la lista de espera para nuevos cuerpos se había alargado en demasía. No obstante, la destrucción de los cerebros se consideraba éticamente inaceptable. La solución llegó de China en forma de un extraordinario superordenador, Mai Trikks. Mediante electrodos conectados al cerebro, el ordenador podía suministrar a éste estímulos que le provocaban la ilusión de estar en un cuerpo vivo, habitando el mundo real.

En el caso de Brian, eso significó que se despertó un día en una cama de hospital, donde le informaron del accidente y del exitoso trasplante de cuerpo. Luego siguió llevando una vida normal. No obstante, durante todo ese tiempo no era en realidad más que su viejo cerebro, mantenido con vida en una cubeta y conectado a un ordenador. Brian no tenía ni más ni menos motivos que usted o yo para pensar que vivía en el mundo real. ¿Acaso cabía, tanto en su caso como en el nuestro, llegar a descubrir algo diferente?

Fuentes: la primera de las Meditaciones metafísicas, de René Descartes (1641); capítulo 1 de Reason, Truth, and History, de Hilary Putnam (Cambridge University Press, 1982) (trad. cast.: Razón, verdad e historia, Madrid, Tecnos, 1988); Matrix, dirigida por Larry y Andy Wachowski (1999); el argumento de la simulación de Nick Bostrum, <www.simulation-argument.com>.

La posibilidad de que seamos cerebros en cubetas sirvió de detonante para la exitosa película de ciencia ficción *Matrix*. En esta película, al protagonista Neo, interpretado por Keanu Reeves, le ahorraron la humillación de no tener cuerpo, pero su situación era esencialmente la misma que la de Brian. Creía estar viviendo en el mundo real, cuando lo cierto es que a su cerebro le suministraban simplemente la información

está poniendo en duda: nuestra capacidad de razonar bien. Tenemos que juzgar si somos capaces de pensar bien pensando tan bien como podemos. Por tanto, no podemos separarnos de la facultad de pensamiento que supuestamente estamos evaluando para juzgarla desde una perspectiva neutral. Es como tratar de usar una báscula sospechosa para pesarse a sí misma, con el fin de comprobar su precisión.

Quizá sea éste el resultado del experimento mental: nuestra capacidad de razonar debe considerarse esencial para cualquier pensamiento que se precie. Podemos cuestionar la validez de cualquier razonamiento concreto pensando seriamente en él. Pero no podemos poner en tela de juicio la validez de nuestra facultad general de razonar. A lo sumo podemos afirmar que parece sernos suficientemente útil. ¿Basta con ello para reivindicar la racionalidad o queda ésta debilitada?

La suma de las partes

Barbara y Wally se montaron corriendo en el taxi en la estación de Oxford. «Tenemos prisa —dijo Barbara—. Acabamos de llegar de Londres y esta tarde vamos a Stratford-upon-Avon. ¿Podría enseñarnos la universidad y luego volver a traernos a la estación?»

El taxista sonrió para sí y puso en marcha el taxímetro, calculando que la tarifa sería elevada.

Les llevó por toda la ciudad. Les enseñó los museos Ashmolean y Pitt Rivers, así como el jardín botánico y los museos de historia na-tural y de historia de la ciencia. Su recorrido no sólo incluyó la famosa biblioteca Bodleian, sino también otras menos conocidas, como Radcliffe, Sackler y Taylor. Les mostró los treinta y nueve *colleges* así como los siete *permanent private halls*. Cuando paró por fin en la estación, el taxímetro marcaba una tarifa de 64,30 libras.

«¡Nos ha engañado!» —protestó Wally—. Nos ha enseñado los *colleges*, las bibliotecas y los museos. ¡Pero lo que queríamos ver era la universidad, maldita sea!»

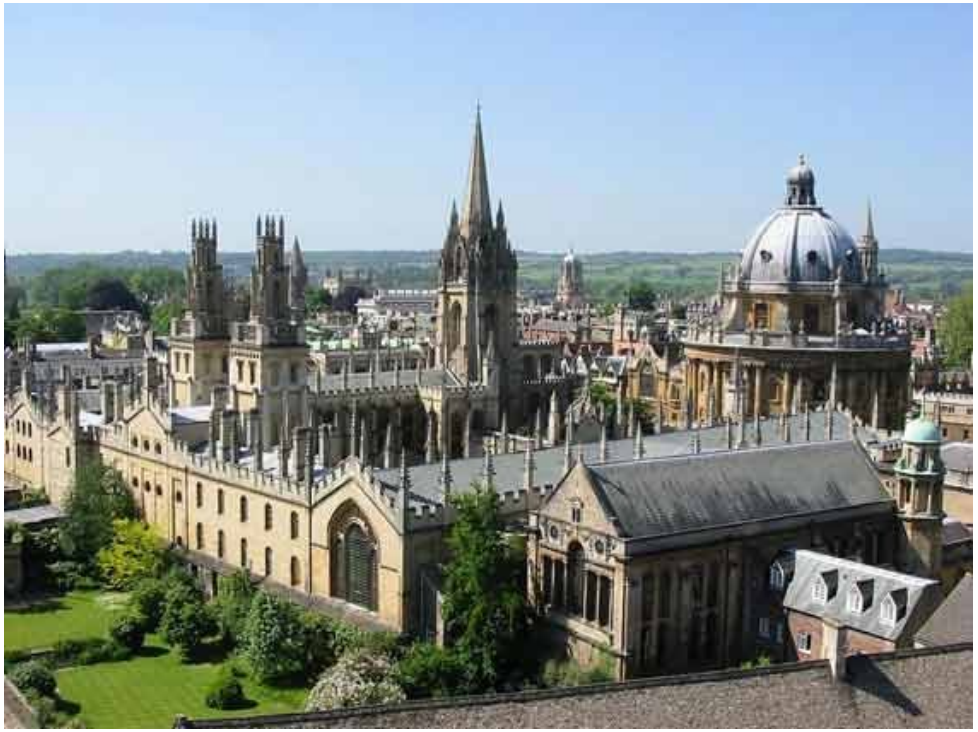
«¡Pero la universidad son los *colleges*, las bibliotecas y los museos!», replicó indignado el taxista.

«¿Espera que nos lo traguemos? —dijo Barbara—. ¡Que sea-mos turistas norteamericanos no significa que seamos estúpidos!»

Fuente: capítulo 1 de The Concept of Mind, de Gilbert Ryle (Hutchinson, 1949) (trad. cast.: El concepto de lo mental, Barcelona, Paidós, 2005).

La reputación de escandalosos, descarados y estúpidos que tienen los turistas norteamericanos en Gran Bretaña es bastante injusta. Para empezar, ¿a cuántos británicos les gustaría que les juzgasen en función del comportamiento de nuestros veraneantes en la Costa del Sol?

Esta historia no pretende ser un ataque a los norteamericanos, sino un ejemplo llamativo de una forma de pensamiento falaz en la que incurren hasta las mentes más sagaces. Barbara y Wally han cometido lo que el filósofo oxoniense Gilbert Ryle denominó un error categorial Han pensado que la Universidad de Oxford era la misma clase de cosa que los colleges, bibliotecas y museos que la componen: una institución albergada en un edificio concreto. Pero la universidad no es de ese tipo de cosas. No existe un lugar o edificio que puedas señalar y decir «Ésa es la universidad». Como explicó con razón el taxista, es la institución a la que pertenecen todas esas partes y edificios específicos.



Pero eso no significa que la universidad sea una presencia fantasmal que aglutina misteriosamente todos los *colleges*, bibliotecas y demás partes de ella. Pensar tal cosa supondría cometer otro error categorial. No se trata ni de una sola cosa material ni inmaterial. No deberíamos dejarnos engañar por el lenguaje y suponer que, como es un nombre singular, es un objeto singular.

Ryle creía que la manera más común de pensar en la mente incurría en un error categorial similar. También aquí tenemos un nombre singular, la mente, por lo que tendemos a pensar que debe haber una cosa singular que el nombre designa. Si pensamos esto, sin embargo, desembocamos en uno de dos disparates. O concluimos que la mente es el cerebro, lo cual es absurdo, porque los cerebros tienen masa y volumen, pero los pensamientos no; o concluimos que la mente ha de ser una entidad inmaterial, un fantasma en la máquina biológica que es nuestro cuerpo.

Podemos evitar la necesidad de ofrecer cualquiera de estas respuestas inverosímiles una vez que reconozcamos que la mente no es un único objeto. Decir que algo posee una mente equivale a decir que quiere, desea, entiende, piensa, etc. Dado que nosotros hacemos todas estas cosas, decimos que tenemos mente. Pero eso no requiere que identifiquemos objeto alguno como la mente. Esto no entraña más misterio que la afirmación de que la universidad es aquello que consta de *colleges*, bibliotecas y demás, aun cuando ningún objeto sea la universidad.

Se trata de una solución elegante a un viejo problema. Al margen de que resuelva o no el problema de la mente, o más bien lo disuelva, el concepto de error categorial constituye una útil defensa contra la confusión de propiedades del lenguaje con propiedades del mundo.